

## LA EXTENSIÓN.

---

En verdad que no cabe presentar argumentación más brillante y seductora que la de Balmes, el gran sostenedor de la conformidad de lo subjetivo con lo objetivo en el abstruso problema de la EXTENSIÓN.

### I.

Hoy ninguna persona de instrucción puede fundadamente considerar las modificaciones SENSIBLES experimentadas en nuestro sér como signos y representaciones de SEMEJANZA. Sólo á los sujetos de escasa educación científica les es lícito creer que, por ejemplo, los sonidos y los colores están en los cuerpos que decimos sonoros ó brillantes. Creemos, sí, que hay objetos en el mundo exterior, y que esos objetos nos modifican; pero á la convicción del pensador educado aparece patente que lo que ocurre en nosotros no es lo que pasa en el exterior; y que nuestras modificaciones sensibles son sus SIGNOS solamente.



Los signos son, unos de *semejanza*, y otros nó. Un retrato es signo que semeja su original: el modelo de una máquina la semeja y representa. El pabellón nacional representa á la Nación, pero no la semeja. Las palabras *luna, lune, selene, Mond, moon*..... son indudablemente signos, pero que en nada se parecen al satélite de nuestro globo.....

A esta segunda clase pertenecen nuestras sensaciones.....

Oigamos al sentido común.

Nuestra convicción es que, fuera de nosotros hay movimientos, y que en nuestra conciencia existe *correspondientemente* lo que llamamos sensación; fenómeno interno, *correlativo* sin duda con el considerado como externo, pero de ninguna manera semejante á él. Repitamos ó amplíemos lo ya dicho; que en ello ganarán nuestras nociones sobre el gran problema de LA EXTERIORIDAD.—Una aguja se hinca en mi mano, perforándome la epidermis: fuera, hay un *movimiento*: en mi conciencia un *dolor*. Lo que en mí pasa no es lo mismo que lo que ocurre en la aguja: á la aguja *nada le duele*.—Un arpa me agrada con dulcísimas notas: fuera de mí hay vibraciones en las cuerdas del instrumento musical; es decir, *movimiento*: en mi conciencia hay sensación de sonido: yo oigo: el arpa no oye: yo siento placer: el arpa no siente nada.—Una rosa despide minutísimas partículas aromáticas que bombardean mi aparato olfativo (1): fuera, *movi-*

(1) Hay quienes quieren explicar los olores por vibraciones *sui generis*; y, si así fuera (lo que no está probado), la nueva explicación no variaría la esencia del signo: entonces, esa *vibración sui generis* sería signo, pero nó de *semejanza*.

El Profesor Leclerc, en el Cosmos, sostiene con buena argumenta-

*miento*: en mí, sensación agradable de olor: la rosa no tiene la facultad de oler ni de sentir agrado.—Un cuerpo me parece violeta: es que 728 billones de vibraciones luminosas especiales hieren por segundo la retina de mis ojos: fuera de mí hay vibraciones del éter apenas concebibles; esto es, *movimiento*: en mí sensación de color; yo veo: el cuerpo violeta no ve:—*Et sic de cæteris*.

Esto en cuanto á la generalidad de las sensaciones. En particular, ¿quién niega todo lo que las circunstancias, el estado del organismo, y las idiosincrasias normales ó anormales de los individuos tienden á modificar, bastardear y hasta falsear los efectos sensibles de los cuerpos exteriores?

La sensibilidad para una misma modificación no es tan fina en unos sitios de nuestro cuerpo como en otros; y, así, lo que según un órgano es de una cierta intensidad, lo es de más ó de menos según otro. El tronco es más sensible al frío y al calor que las extremidades: en la línea media del cuerpo es donde se siente menos la temperatura: la distribución en nuestro organismo del sentido de la misma temperatura es distinta de la del tacto: hay más sensibilidad para el frío que para el calor, y los puntos externos de los nervios apenas están dotados del sentido de la temperatura.

De la perfección ó imperfección de nuestros órga-

ción que los olores fuera de nosotros son movimientos vibratorios producidos por la oxidación de las emanaciones que salen de los cuerpos odoríferos; y que nuestro órgano olfativo no percibe esas emanaciones, sino sus movimientos vibratorios.—El olor en esta teoría es análogo al sonido y á la luz fuera de nosotros.



nos dependen en gran parte nuestros juicios. Los daltonianos no distinguen de noche por las luces verde y roja de los coches de tranvía el barrio á que estos vehículos se dirigen.—El campo de las idiosincrasias es inmenso. Hay personas sumamente sensibles á ciertas medicaciones, refractarias para otros. El efecto de las medicinas resulta invertido para algunas individualidades; por ejemplo: purgante el opio, y narcótico el agua de Loeches. Frutas, legumbres, carnes y pescados inofensivos para la generalidad, resultan verdaderas ponzoñas para algunos. Síncopes sentía al ver leche ó queso el famoso Pedro Abano, médico de Italia, astrólogo y alquimista del siglo XIII, acusado de haber aprendido las siete artes liberales con siete duendecillos muy diminutos que tenían sus cátedras dentro de una redoma de cristal encantada. Además, el diablo hacía volver al bolsillo de Pedro Abano cuanto dinero gastaba; por todo lo cual fué quemado en efigie por la mano del verdugo, para castigo de las hechicerías de un hombre tan dejado de la mano de Dios, que aborrecía dos manjares tan provechosos como la leche y el queso.

El que no ve, corre al peligro sin recelo. Un contemporáneo de Galileo, profesor de la Universidad de Padua, decía que lo que no se distingue á la simple vista carece de importancia. Si hoy, armado de los modernos microscopios, se cerciorase el profesor paduano de la existencia de los microbios, variaría seguramente de opinión y recelaría de lo que no se ve.

La *gymnema sylvestre* (R. Br.) crece en la costa de Coromandel y en otras partes de Asia y Africa. Su corteza en polvo se aplica desde hace tiempo contra la mordedura de las serpientes. Pero no es esto

lo que ahora hace al caso: sus hojas privan durante muchas horas, á veces veinticuatro, á la persona que las masca de la facultad de distinguir lo dulce. El azúcar en polvo, mientras dura la acción de las hojas, causa en la boca la misma sensación que si fuese arena. Y es lo raro que el paladar no pierde la facultad de percibir lo agrio ni lo salado, lo acre ni lo picante.—Sabido es lo falaces que son los sentidos en la embriaguez alcohólica, en la del opio, en la del hashish. Un fumador de hashish pretendía pacificar perros rabiosos. El exceso del tabaco conduce á la locura. La obstrucción de las fosas nasales impide á veces la circulación de la linfa cerebral y puede causar jaquecas y aun perturbación mental.

La memoria varia con los años. Cuando la inteligencia es más vigorosa suele tener infidelidades. Durante los delirios de la fiebre algunas personas han recitado pasajes que en salud no recordaban. ¡Cuán pocos habrán dejado de experimentar con sorpresa que hechos enteramente olvidados reaparecen en virtud de una asociación de ideas!

Si, atracados á un muelle, empieza el barco en que estamos á desviarse de tierra, nos parece que el muelle se separa de nosotros.—Si vamos en un coche á poca más velocidad que una bestia caminando en la misma dirección, nos asalta al mirarla una especie de enigma, porque vemos al animal irse hacia atrás, haciendo, sin embargo, los movimientos que acostumbra para ir hacia adelante.—Si en el carruaje de un ferrocarril miramos el paisaje por un espejo, creemos movernos en dirección contraria á la verdadera, y hasta parece que nuestro cuerpo lo siente así.—Los ojos en ciertas circunstancias no discernen los tamaños. La luna, en un anteojo astronómi-



co de poco poder, se nos aparece menor que á la simple vista, estando en realidad amplificada la imagen.

¿Quién no busca alguna vez lo que tiene en la mano? ¿Quién ve siempre lo que se halla delante de los ojos; el lápiz, el cortaplumas ó las tijeras que necesita y están al alcance de su brazo?—¡En los buzones de los correos se encuentran guantes, carteras, quevedos, pipas....., echados allí en vez de cartas!—No es tan absurdo que no pudiera realizarse alguna vez el cuento del que queriendo acostarse y echar la punta del cigarro á la calle, acostó el cigarro y se tiró por la ventana.

\*  
\* \*

Si las circunstancias ó el estado de nuestro organismo perturban de tal manera las nociones que de otro modo adquiriríamos respecto del mundo exterior, ¡cuánto no influye en nuestras apreciaciones el estado del ánimo! ¡Cuánto, respecto del mundo exterior, es obra exclusivamente nuestra!

Las aprensiones producen efectos fisiológicos increíbles. Sin entrar en el vasto campo de los fenómenos sugestivos, baste citar un hecho. En Nueva Orleans un médico dió en un hospital á cien enfermos una supuesta medicina, consistente en agna azucarada. A los quince minutos entró en las salas fingiéndose aterrizado, y declarando haber padecido una tremenda equivocación al suministrar á los pacientes un vomitivo horrible. Los enfermos lo creyeron, y de los ciento vomitaron ochenta.

En forma de apólogo manifiesta bien el efecto de la imaginación sobre el organismo el cuento del Der-

viche y del Cólera-morbo cuando éste se dirigía á la Meca.

—¡Por Alá, no entres ¡oh Cólera! en la Ciudad Santa!

—No puedo dejar de entrar, porque ya lo he decretado; pero, atendiendo á tu ruego, sólo estaré allí una semana, atacaré á mil y mataré á ciento.

Al irse el Cólera, el Derviche le increpó:

—¡Infame! ¿por qué no has cumplido tu palabra?

—Pues ¿no ves cómo me voy el día señalado?

—Pero has matado á diez mil y no á ciento, como prometiste.

—Buen Derviche, no he matado más que á ciento: los demás se han muerto de aprensión.

Cuando llega una compañía de acróbatas á un pueblo, los chiquillos, fuertemente impresionados por los raros ejercicios que atónitos contemplan, andan á los pocos días haciendo titeres por las calles. Revistas de la ciencia fisiológica, tan acreditadas como *The Lancet*, sostienen (y aducen hechos en demostración) que los periódicos consagrados á la vitanda publicación de estampas representativas de puñaladas, estrangulaciones é incendios, sobrecitan las malas inclinaciones de los seres inclinados al vicio, que son en general las personas de entendimiento débil. ¡Oh! ¡Cuántas veces han hablado en igual sentido los pocos que en nuestra Patria reflexionan sobre los efectos tristemente sugestivos de los toros y de las inmodestias teatrales! De las que también habla la Revista inglesa.

Los cuerpos tienen al salir y al ponerse el Sol distintos matices de colores que con la luz meridia-



na; y, sin embargo, pocas veces percibimos que hayan cambiado de tintas y colores.

Los efectos de la pintura son ilusiones perfectas. El artista, con ocasión de las líneas y colores de sus cuadros, hace que nosotros, *INCONSCIENEMENTE*, construyamos lo que no hay en lo que vemos;—tres dimensiones y grandes distancias de los objetos entre sí, unos más cerca y otros más lejos. En el teatro, al ver las decoraciones nosotros *FABRICAMOS* distancias que no existen. Si conservamos en la fantasía las imágenes de ciertos objetos reales, ya estamos *inconscientemente* á disposición del pintor que nos indique cosas análogas. Si yo, por el ejercicio de mis sentidos, he llegado alguna vez á formarme el concepto de un cubo, creeré ver un cubo real cuando me enseñen su proyección; pero, si no tengo tal concepto adquirido previamente, la proyección será para mí una figura plana sin profundidad.—Los que ven reproducida la imagen de su ciudad natal ó de lugares conocidos, encuentran en ellos un encanto y un relieve que no ven los que nunca han contemplado los parajes. Los grabados que reproducen, en las ilustraciones periódicas, salas ó instalaciones ó máquinas ó aparatos de una Exposición universal, suelen no decir nada para los que no han visitado la Exposición, al paso que extasían á los que conservan vivos los recuerdos del certamen internacional.—Los grandes pintores, cuando quieren impresionar con la idea de distancia pintan los objetos deliberadamente más pequeños y más oscuros de lo que la realidad de la perspectiva exigiría. Un péndulo nunca en las pinturas se presenta vertical, pues así aparecería parado: diagonalmente, nos induce á creer que se mueve, porque ya la experiencia nos ha enseñado que en la

diagonal no podría encontrarse en reposo.—El pintor no posee nunca colores puros, y sin embargo sabe reproducir las tintas de la naturaleza aprovechándose de nuestras ilusiones. Así un rojo tolerablemente claro, colocado junto á un verde tolerablemente puro, son transformados por nosotros, *inconscientemente*, de tal modo, que el rojo se hace más rojo y el verde más verde: así también, blanco sobre negro parece más blanco; y negro sobre blanco, más negro y más profundo.

Y, como los pintores, son todos los artistas, especialmente los dramáticos. Ninguno hace más que poner en acción nuestras fuerzas imaginativas, para que con ocasión de los datos que nos presenta, *CONSTRUYAMOS NOSOTROS MISMOS* lo que el artista imaginó.—El realismo en las artes es sólo sugestivo.

La conciencia tiende hacia lo bueno, esto es, hacia lo que parece ser lo mejor para la sociedad en general. Y he aquí por qué la moral depende en mucho de las circunstancias y condiciones en que se desarrolla la vida; y de aquí que viajeros de la mayor respetabilidad hayan encontrado pueblos que consideran como virtudes lo que otros como crímenes.

\*  
\* \*

No hay, pues, lugar á dudas para el sentido común. Las afecciones de nuestra sensibilidad no son *SIGNOS DE SEMEJANZA* de los movimientos del exterior, aunque ciertamente tengan *CORRELACIÓN* con ellos.

Y, si esto pasa con lo puramente *sensible* y afecti-



vo (*frío, calor, olores, sabores, sonidos, distancias.....*)  
¿qué deberemos decir de lo *perceptible* de la EXTENSIÓN  
(*ancho, largo, grueso, magnitudes, formas, volúmenes,*  
*direcciones.....*)?

\*  
\* \*

Aquí ya, indudablemente, hay grandes diferencias.

Es indudable que, si un arquitecto traza los planos de un edificio, siempre para el mismo arquitecto tienen los planos idéntica representación; y, no sólo para él son en todo tiempo símbolo permanente de construcción determinada, sino que para todos los arquitectos del mundo simbolizan las propias relaciones; tanto que, con ellos todos y cada uno levantarían idéntico edificio. El ingeniero construye los modelos de sus máquinas, y el artífice las realiza puntualmente á la escala que se le pide. El geómetra demuestra propiedades de los cuerpos, y la verdad de las demostraciones jamás cambia en su entendimiento, ni tampoco en el entendimiento de los que las estudian y comprenden.

La EXTENSIÓN salva el abismo, dice el gran Balmes.

¿Qué responder, pues, á quienes se expresen así:

“Hay ALGO FUNDAMENTAL que no depende nunca de nuestra sensibilidad ni de sus idiosincrasias, y que siempre se nos manifiesta con caracteres constantes, idénticos en el mismo hombre, é iguales de hombre á hombre?”

Y los que proclaman esta clase de hechos deducen seguidamente:

“Luego existe el mundo exterior..”

¡Atrevido es el salto!

Atrevidísimo (dijimos antes), porque las conclusiones no aparecen justificadas cuando se las sujeta al conveniente examen.

Las premisas, por lo menos, no entrañan en rigor tales deducciones.

## II.

Cierto que los idealistas, al demostrar que nuestras modificaciones de la sensibilidad no son semejantes á los fenómenos externos, sino CORRELATIVAS con ellos, habían olvidado el análisis de LO MÁS ESENCIAL: el análisis de la EXTENSIÓN.

Cierto que el concepto de LO EXTENSO es en todos los hombres idéntico, puesto que todos, por los planos de un solo arquitecto, harán la misma obra, sin discrepar unos de otros..... \*

Pero de que el análisis de los idealistas resultase incompletísimo, no se deduce que la EXTENSIÓN sea en nosotros lo que quiera que fuere en la realidad objetiva ó fuera de nosotros.

\*  
\* \*

No es fácil ciertamente demostrarlo; ni mucho menos cautivar el asentimiento general.

A quien por primera vez se le dice que los sonidos no son en nosotros lo que en los cuerpos...., se le da una noticia á la cual niega por de pronto su aquiescencia. Sólo cuando se le hacen VER las vibraciones de las cuerdas sonoras, y se le hace PALPAR el tremor de las campanas ó de las láminas fonógenas..... es



cuando empieza á convencerse de que los fenómenos FUERA del yo pueden ser distintos de las modificaciones INTERNAS á que damos el nombre de sonidos.

Mayor dificultad cuesta el hacer creer á toda clase de personas, así instruídas como ignorantes, que los colores no son en los ojos lo que en los cuerpos luminosos; y únicamente cuando la inteligencia se ha familiarizado con las más abstrusas concepciones de la Física, es cuando entra el convencimiento de que los colores no están en los objetos, sino que resultan de rapidísimas vibraciones del éter.

Pues, si tanto trabajo cuesta el persuadir que los colores son en los objetos rapidísimas billonadas de undulaciones del éter, intentar que desde luego se llegue siquiera á la duda de que la EXTENSIÓN pueda ser FUERA DE NOSOTROS otra cosa de lo que resulta en nuestra conciencia, parece pretensión tan exagerada, que para ella no son de esperar nunca fáciles aquiescencias ni dóciles conséntimientos de la credibilidad.

Y, sin embargo, así como los sonidos no son en nosotros vibraciones, sino fenómenos CORRELATIVOS con ellas;

Así como los colores no son en nuestra sensibilidad pulsaciones del éter luminoso, sino modificaciones de nuestro yo con ellas CORRELATIVAS;....

También así nuestras percepciones de LO EXTENSO pudieran ser, y con toda probabilidad son, NÓ TRASUNTOS, NÓ RETRATOS de la REALIDAD EXISTENTE FUERA DE NOSOTROS, sino fenómenos internos simplemente CORRELATIVOS con esa siempre ignota realidad.

Por de pronto, el hecho de haber dejado Balmes sin explicación en su análisis el concepto de la con-

TIGÜIDAD, debe inducirnos á sospechar que de las premisas sentadas en su seduciente argumentación se hayan sacado consecuencias en ellas no contenidas.

Y en efecto, de los materiales con tanto atisbo acopiados por cuantos se han creído con alientos para llevar la antorcha de la Filosofía á tan tenebrosas arcanidades, no cabe deducir más que lo siguiente:

\*  
\* \*

Dos clases de incógnitas afectan nuestro ser:

Un ALGO ignoto, que no nos impresiona siempre de un mismo modo, porque en mucho el resultado depende de nuestra especial idiosincrasia y del estado de nuestra sensibilidad (*frío y calor, olores, sabores, sonidos, cantos del gallo, daltonismos.....*);

Y otra *x* que impresiona siempre igualmente y de un modo constante á cada hombre, y á todos (la EXTENSIÓN).

Pero del reconocimiento y la promulgación de estos grandiosos principios no se deduce en modo alguno que las percepciones de la EXTENSIÓN sean signos de semejanza, y que únicamente resultan meros signos de correlación las modificaciones de la sensibilidad.

Así, pues, todo lo que á una sana lógica es lícito deducir, es: que las unas aparecen como variables y las otras como constantes.

Esto solo es lo que entrañan las premisas.

\*  
\* \*



Por de pronto, el especiosísimo argumento de que, por unos mismos planos, todos y cada uno de los arquitectos del mundo, presentes, pasados y futuros, harían el mismo é idéntico edificio, no constituye prueba, ni con mucho, de que la extensión sea *en el hombre* trasunto de la extensión *objetiva*; copia ó imagen fiel de lo que la extensión real sea efectivamente *fuera de nosotros*.

Todos los músicos del mundo, teniendo á la vista la misma partitura, ejecutarán la misma sinfonía, ópera ó pieza musical; y de este hecho evidente no es lícito inferir que la partitura sea signo de semejanza de los sonidos, ni mucho menos de las frases musicales.

\*  
\* \*

Y corrobora más y más las inferencias indicadas el hecho de que *siempre* el PROBLEMA DE LA EXTENSIÓN se ha visto atormentado por dos objeciones formidables:

la de la infinita divisibilidad de la materia,  
y la de la doctrina de los átomos.

1.<sup>a</sup> Toda cosa extensa es divisible, porque en el concepto de EXTENSIÓN entra incuestionablemente la idea de MULTIPLICIDAD.

Pero repugna á la inteligencia que la división no tenga límite alguna vez; pues, si la división fuera infinita, habría que devorar el absurdo de que una extensión finita contuviese en sí el infinito de la divisibilidad. De aquí, para muchos filósofos, la necesidad de llegar al ÁTOMO, á la MÓNADA, á ALGO que ya no sea susceptible de división.

2.<sup>a</sup> Mas, si llegáramos alguna vez al átomo, llegaríamos á una entidad ignota, á una obscurísima *x*, que ya no encerraría conjunta y simultáneamente los conceptos de MULTIPLICIDAD y de CONTIGÜIDAD, y que, por tanto, ya NO PODRÍA SER EXTENSA. Y, si los átomos no son extensos, entonces tendremos, según otros filósofos, que con entes inextensos no cabe concebir RECONSTITUÍBLE LA EXTENSIÓN.

\*  
\* \*

Ahora bien: si estas formidables contradicciones se han presentado SIEMPRE á todos los filósofos desde la antigüedad más remota; si no son puramente ideológicas estas contradicciones, sino que alcanzan al fondo mismo de las cosas; si jamás se ha encontrado manera de conciliarlas, ¿no debemos presumir que el concepto que todos los hombres han tenido de la EXTENSIÓN encierra en sus entrañas LO CONTRADICTORIO PER SE?

Pues, si sospechamos que ese concepto contiene LO CONTRADICTORIO PER SE, entonces *lo subjetivo* de la extensión no debe ser trasunto fiel ni aun siquiera mal retrato de lo que *objetivamente* sea la extensión misma; porque en nada de lo que REALMENTE ES, cabe lo CONTRADICTORIO, toda vez QUE ES.

\*  
\* \*

Pero ¿cabe en lo posible que los hombres estén siglos y siglos en el error? ¿Cabe que los sojuzguen, durante todas las eras de la Historia, conceptos antagónicos con la verdad? ¿Es probable vivir en la mentira?



He aquí observaciones discretísimas, pero que no deben preocupar.

¿No se ha creído siempre que los sonidos estaban en los cuerpos sonoros? etc.

¿Es por ventura escaso el número de los años que la Humanidad ha tenido fe en que el Sol giraba alrededor de la Tierra? Y ¿dejaban de obtenerse cosechas abundantes cuando se profesaba el error de que nuestro globo era el centro del universo?

¿La ASTROLOGÍA no dura aún?

\*  
\* \*

La ilusión referente á la realidad de los puntos inextensos consiste en prescindir, sin lógica ninguna, del elemento de la CONTIGÜIDAD: en creer que la multiplicidad extensa pueda existir sin estar sujeta á ORDEN ninguno.

Para el movimiento de un buque no basta con la MULTIPLICIDAD de remeros: es necesario que todos ellos remen rítmicamente y á compás: es necesario, pues, un cierto ORDEN.

Para que la EXTENSIÓN nos impresione es necesario, análogamente, que las partes de los objetos nos modifiquen ORDENADAMENTE, siempre del mismo modo, con la misma disposición respecto á un solo hombre que respecto de todos los demás.

Lo que con la misma partitura todos los músicos del mundo reproducen de idéntica manera es el ORDEN DE SUCESIÓN de los sonidos, no los sonidos mismos: que éstos varían de un tenor á otro tenor, de una tiple á otra, de un violín á otro violín.....

Lo que con los mismos planos todos los arquitectos

del mundo reproducen de idéntica manera, es la ORDENACIÓN de las partes de los edificios, no las partes mismas; que los ladrillos fabricados en una región, ó los mármoles extraídos de sus canteras, ó el maderamen extraído de sus bosques, difieren de los ladrillos, mármoles, maderas... de los demás países. ¿Por qué, pues, los planos de los edificios, ó los croquis de las máquinas, etc., no podrían ser simplemente ÍNDICES DE ORDENACIÓN, sin ser en modo alguno trasuntos de las cosas?

Es cierto que sin multiplicidad de seres no habrá ordenación ninguna; pero sin alguna ordenación no cabe concebir más que una multiplicidad IMPERCEPTIBLE COMO EXTENSA, ya que en todas nuestras percepciones de la extensión encuentra el análisis constantemente

multiplicidad  
y contigüidad.

Puntos materiales inextensos son un blanco-negro; un cilindro triangular; la cuadratura del círculo.....

\*  
\* \*

Y la ilusión de la posibilidad de la divisibilidad infinita de la materia, estriba en otra hipótesis tan gratuita como la anterior: en que la ordenación especialísima de LO CONTIGÜO ha de subsistir independientemente de toda magnitud numérica de la multiplicidad.



Pero ¿hay algo que nos autorice para suponer la infinitud de la serie indefinida de los fraccionamientos de esa ordenación especialísima que se nos aparece como contigüidad?

Sin duda cabe concebir un polígono de 48 lados, y, dividiendo sucesivamente por dos, otro polígono de 24, otro de 12, otro de 6 y otro de 3; pero de que haya sido posible una gran serie de divisiones y subdivisiones, no es lícito inferir la divisibilidad infinita de los lados de esta clase de polígonos; por ser evidente que la subdivisión no rebasa del triángulo. En efecto; no hay polígono ninguno de uno y medio lados.

\*  
\* \*

Admitamos análogamente que todo cuerpo es MULTIPLICIDAD ORDENADA: empiezo la serie de sus divisiones, y tendré cuerpo mientras exista realmente en el exterior la ordenación que constituye la contigüidad; esto es, mientras existen *seres ordenados de un modo especial perceptible por mí*; pero, así que llegue yo á una cierta división por la cual ya no exista el número de seres necesario para constituir la ordenación especialísima que nos produce el concepto de contigüidad, el cuerpo desaparecerá como extenso para mí; pues, aunque pueda todavía existir multiplicidad, esa multiplicidad no podrá ya efectuar en mí la impresión necesaria para que yo conozca la extensión; es decir, para que yo perciba una ORDENADA MULTIPLICIDAD; y, dejando ya de ser esa muchedumbre un ALGO impresionante, tanto para mi sensibilidad como para mi inteligencia, no me podrá ser ya de ninguna manera inteligible.

\*  
\* \*

Las dos suposiciones, pues, de los *puntos materiales inextensos* y de la *infinita divisibilidad* de la materia, tienen por fundamento las dos hipótesis siguientes:

1.<sup>a</sup> No hay más que un solo orden en la multiplicidad: el de la contigüidad que nos aparece en el concepto de la extensión.

2.<sup>a</sup> La ordenación especialísima de la multiplicidad que nos produce el concepto de la extensión, existe siempre con entera independencia de la misma multiplicidad, llévese hasta donde se quiera la división.

Pero ¿en qué se apoyan estas dos atrevidísimas hipótesis? ¿Dónde están sus bases? ¿Quién las ha demostrado? ¿Quién comulga en enigmas tan oscuros?

¿Habrá alguien capaz de sustentar que porque, á fuerza de dividir y subdividir, llegue á desaparecer la especialísima ordenación que constituye lo que llamamos contigüidad, no puede haber en la multiplicidad que reste miriadas y miriadas de ordenaciones distintas, ya imperceptibles para el yo?

\*  
\* \*

Indudablemente antes de que el animal apareciese en nuestro globo, no había sonidos, sino vibraciones de los cuerpos sonoros; ni había luz, sino undulaciones de los cuerpos que llamamos luminosos; ni



calor ni frío, sino los movimientos especiales que nos causan esas afecciones de nuestra sensibilidad. ¿Por qué, pues, repugnar que en aquellos remotísimos evos de nuestro globo la extensión era en lo externo lo mismo que ahora es, una cierta ordenación de la multiplicidad, que entonces no había ser ninguno consciente capaz de percibir?

¿Por qué no conceder que el concepto hoy en nosotros es CORRELATIVO, pero NO TRASUNTO de lo que lo extenso sea realmente en el mundo exterior?

\*  
\* \*

La ilusión de que lo subjetivo es retrato de lo objetivo estriba en que se supone, nó CORRELACIÓN, sino IDENTIDAD entre la noción interna y la realidad externa de la extensión.

Pero semejante conclusión no se desprende de los elementos acopiados por Balmes y su escuela.

\*  
\* \*

Y volvemos á lo mismo.

¿Lo *sensible* es puramente afectivo?

¿Lo *perceptible* es puramente apariencia?

¿Lo que nos aparece como real es efectivamente producto de lo ideal, pura objetivización del yo, según quieren cuantos niegan la realidad de la materia? ¿No hay nada fundamental que oponer á las aseveraciones del Idealismo? ¿Es efectivamente un sueño nuestra vida?

## LA IMPENETRABILIDAD.

### I.

No hay cuestiones ningunas cuya solución haya atormentado tanto á los pensadores más ilustres, como todas y cada una de las que tienen por objeto dar un fundamento científico á nuestra fe en la existencia del mundo exterior.

El problema de la EXTERIORIDAD es y ha sido siempre el *opprobrium et crux philosophorum*.

¡Cómo! ¿Entre los personajes y las cosas que nos afligen ó nos encantan en los ensueños, y los personajes y las cosas que percibimos en el estado de vigilia, no hay positivamente más diferencia sino la de que los sucesos imaginados en los ensueños ocurren sin sujeción á orden ninguno, ó por lo menos á orden permanente, y los sucesos que pasan ante nosotros durante la vigilia se presentan constantemente en un cierto orden invariable, siempre el mismo para la misma clase de fenómenos?

Si lo puramente *afectivo* depende del estado de nuestra sensibilidad ó de nuestra idiosincrasia indi-



vidualísima; si lo *perceptible* de la extensión, aunque independiente de nuestros estados sensibles, resulta sólo signo de CORRELACIÓN, pero no de SEMEJANZA, ¿deberemos resueltamente concluir que es sueño nuestra vida y que no tenemos fundamento ninguno para creer en la existencia del mundo exterior? ¿Es todo pura OBJETIVIZACIÓN DEL YO?

\*  
\* \*

¡Extensión é impenetrabilidad! ¡Qué dos esfinges!

Por de pronto, en Geometría consideramos el espacio sin cuidarnos de si el espacio está ó no vacío de materia. Sólo en mecánica nos vemos precisados á admitir la materia como *substratum* de las fuerzas. Las ciencias matemáticas se fundan, pues, en las IDEAS de espacio y de tiempo. Las formas geométricas son la CONCEPCIÓN de la manera cómo una parte del espacio está separada del resto.

Pero, nótese bien: las IDEAS y las CONCEPCIONES son fenómenos de la razón humana; y no suponen la REALIDAD OBJETIVA.

En el sueño hay ideas.

Podemos soñar.

Podemos imaginar la aniquilación del universo (todas las religiones la han imaginado). Pero de ninguna manera nos es posible concebir el entendimiento humano, supuesta la aniquilación de las IDEAS de espacio y tiempo, CONCEPTOS esenciales del pensamiento, ley de la razón humana;—necesaria como toda ley, y sobre la cual es inútil discutir. Y, así, aun supuesta la aniquilación del universo entero, siempre concepiremos necesariamente un espacio infinito, va-

cio durante tiempo infinito, pero en cuya realidad no nos es lícito creer.

De la necesidad de una IDEA no nos es lícito deducir su REALIDAD OBJETIVA. Si hay dos montes de oro en alguna parte y cinco en otra parte, NECESARIAMENTE, su conjunto sumará siete. Pero de la NECESIDAD DIALÉCTICA de la suma, no se deduce la necesidad REAL de tales montes áureos. La NECESIDAD LÓGICA de las verdades geométricas no es, por tanto, prueba concluyente é indiscutible de la objetividad de la EXTENSIÓN, ni de la existencia del mundo material.

Por otra parte, ya hemos visto que la extensión es una IDEA en nuestro entendimiento. Los filósofos la descomponen en otras dos:

multiplicidad  
contigüidad.

Pero este análisis no conduce á la realidad objetiva.

En primer lugar, pudiera no haber materia, y existir, sin embargo, la idea de multiplicidad de afecciones en nuestro entendimiento. Los berkelianos admitían la multiplicidad, y negaban, sin embargo, la realidad material. La idea de multiplicidad, pues, sólo exige la de percepción de cambios. La idea de sucesión contiene la de multiplicidad, independientemente de toda extensión.

En segundo lugar, admitase la idea de multiplicidad: admitase también la de contigüidad: pudiera entonces suceder que lo que nos parece contigüidad fuese, fuera de nosotros, el ORDEN INVARIABLE con que muchas fuerzas externas modifican á la vez, SIMUL-



TÁNEAMENTE, nuestra inteligencia; y que LO FATAL Y NECESARIO de esa ordenación de resultantes fuese, en nosotros, *correlativamente*, PERCEPCIÓN de la contigüidad. Fuera de nuestro sér, ORDEN FATAL, en fuerzas con poder para modificarnos: dentro de nuestro sér, PERCEPCIÓN CORRELATIVA, con los atributos de PLURALIDAD Y CONTIGÜIDAD, caracteres de los cuerpos extensos.

\*  
\* \*

Y, como si tanto enigma no fuera ya bastante, es el caso que todavía hay un PLUS ULTRA evidente á las ideas analizadas de multiplicidad y contigüidad. Existe un concepto á ellas superior.

La idea de *extensión* no es la de *cuerpo-extenso*. Y, por tanto, es menester elevarse hasta un concepto trascendental y casi inaccesible. Lo esencial en el problema, es la idea de

CONTINUIDAD;

idea grandiosa, sólo empezada á tener en cuenta por la Filosofía actual.

\*  
\* \*

Las verdades de la Química moderna inducen á creer que hay últimas partículas, indescomponibles por medios químicos y mucho menos por acciones mecánicas. Estas partes diminutísimas están unas

junto á otras y nos modifican simultáneamente. Pero la idea de EXTENSIÓN no necesita de la de CUERPO; y en tal caso la idea de extensión queda reducida á la de CONTINUIDAD: á la de algo extenso y sin límites, en que ciertamente podemos concebir formas; es decir, extensiones trazadas científicamente ó *ad libitum*, pero nó separaciones del resto de la continuidad infinita.

Sin duda se nos resiste concebir la infinita divisibilidad de la materia; pero se nos impone, como necesaria, la inacabable é infinita existencia de la CONTINUIDAD. Así, pues, siempre que concebimos extensión MATERIAL, concebimos pluralidad; pero la pluralidad no es carácter suficiente, porque no siempre que hay pluralidad imaginamos necesariamente EXTENSIÓN. A la par de la pluralidad de partes, tenemos que concebirlas CONTIGUAS unas á otras, formando un todo material. Pero lo que en ese todo nos parece contigüidad, pudiera ser ordenada é invariable simultaneidad de efectos múltiples.

Y volvemos á lo mismo. De una parte, lo que EN REALIDAD esté compuesto de muchas moléculas con existencia individual y propia, no puede constituir un todo sin discontinuidad; pero, de otra parte, la transmisión de la fuerza á distancia es un concepto ininteligible sin la CONTINUIDAD REAL Y OBJETIVA; porque, si no existe realmente un INTER-MEDIO CONTINUO entre el punto que se mueve y el punto que es movido, hay que devorar el absurdo de que en la NADA puede haber ALGO: MOVIMIENTO, TRANSLACIÓN, TRANSMISIONES. Es preciso admitir ese ALGO REALMENTE CONTINUO, substratum de las afecciones y movimientos materiales; y ese algo continuo (sin discontinuidad en parte alguna, porque cesaría de ser continuo),



ese algo NECESARIA Y FATALMENTE CONTINUO, podría ser lo que en la realidad correspondiera esencialmente á nuestras percepciones de la EXTENSIÓN.

\*  
\* \*

La CONTINUIDAD; he aquí el SUBSTRATUM DE LA EXTENSIÓN.

Pero ¿á qué distancia no estamos ya de la aseveración de que LO SUBJETIVO de la extensión sea retrato, trasunto, de su OBJETIVIDAD REAL!

¿Por qué no había de ser ese enigma que llamamos contigüidad (y que nadie ha logrado explicar todavía) la modificación que nos causen ignotas MULTIPPLICIDADES de fuerzas que en la CONTINUIDAD infinita é inaccesible obran sobre nosotros simultánea y fatalmente, ligadas entre sí de un modo necesario, y nó con independenciam una de otras, ni en tiempos sucesivos? Un sabor, un olor, un sonido..... no producen siempre el mismo efecto en el mismo hombre; y de cierto lo producen diferente en cada individuo de la especie humana; pero la idea de extensión no varía jamás en el mismo hombre, ni tampoco de un hombre á otro, porque la idea de extensión es una PERCEPCIÓN, nó de un fenómeno fisiológico de nuestro organismo, siempre variable, sino la percepción de un ORDEN INVARIABLE en las fuerzas del exterior, fatales y necesarias en su manera de obrar, y, por necesidad, no discontinuas.

\*  
\* \*

Pero si la EXTENSIÓN, pues, pudiera ser la percepción del modo de obrar de sistemas especiales de fuerzas, ¿no quedaría triunfante el Idealismo?

Ciertamente.

## II.

Y he aquí por qué los físicos, para dar un fundamento científico á nuestra fe en la existencia del mundo exterior, recurren á otros conceptos muy distintos del de la extensión: á la idea de la

### IMPENETRABILIDAD.

\*  
\* \*

Lo que me resiste no soy yo. Yo ejecuto actos conforme á mi naturaleza; pero á cada instante me encuentro detenido; y es contradictorio que yo me resista á mí propio.

La prueba, pues, de que existe la materia, dicen naturalistas de nota, es que la voluntad encuentra resistencias.

Mas también hay aquí otro salto.

Las resistencias no prueban la existencia de un mundo material, sino la existencia de fuerzas solamente antagónicas á mi voluntad.

Pero....., antes de seguir adelante conviene no dejar á la espalda una objeción, que, si bien no ataca al fondo ni á la esencia del problema filosófico, puede deducirse de los casos de aparente penetrabilidad física.



Digamos, pues, algo sobre ellos, aunque sea á modo de paréntesis.

Si la impenetrabilidad se define como la resistencia que ofrece la materia á que un cuerpo ocupe el lugar ocupado por otro, desde luego nos presentan las ciencias naturales casos en que la mezcla de dos cuerpos ocupa menor volumen que la suma de los espacios ocupados por cada uno de ellos individualmente. Así, y por ejemplo, dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno forman dos volúmenes de vapor de agua, nó tres: un volumen de ázoe y tres de hidrógeno suman sólo dos de gas amoniaco. Los cuerpos, pues, son porosos, esto es, dejan entre sus partículas grandes intersticios donde cabe que se alojen otros cuerpos; al modo que (y pase lo vulgar del ejemplo) en una caja llena enteramente de huevos, cabe enorme cantidad de arena en los espacios de uno á otro.

Por otra parte, es de alta probabilidad que el contacto de dos cuerpos sea sólo aparente. Fuerzas repulsivas (de que verdaderamente nada sabemos) se excitan entre las partículas de los cuerpos antes de que ocurra el contacto que sin ellas se verificaría; de manera que la idea de impenetrabilidad está hasta cierto punto desmentida por la de porosidad; y la de porosidad depende de la de fuerzas que impiden el contacto.

Pero esto no contraría lo esencial de la idea: sólo induce á que no se la tome en absoluto, sino *secundum quid*.

La idea de resistencia exterior á nuestros actos en nada se amengua por estos ejemplos de compenetrabilidad física.

\*  
\* \*

La creencia, pues, del mundo exterior se funda principalmente en el hecho de la IMPENETRABILIDAD, ó sea en la de fuerzas resistentes al YO; y en la necesidad de admitir como real y objetiva la CONTINUIDAD, por ser inconcebible la transmisión de fuerza á distancia sin un inter-medio continuo y real, substratum de las fuerzas que se nos revelan en los fenómenos de la impenetrabilidad.

¿Qué es ese substratum? No se sabe.

Pero creemos que existe, y en eso se apoya nuestra fe en la existencia del mundo exterior.

El problema, pues, de la EXTERIORIDAD ha variado de terreno.

Antes buscaba sus premisas en la idea del ESPACIO: hoy echa sus fundamentos en la noción de la ENERGÍA.



## LA UNIDAD DE LA MATERIA.

---

### I.

No sabemos qué sea la materia en sí; y sin embargo, los filósofos, desde los más remotos tiempos, vienen discutiendo sobre su constitución. Hoy los pensadores de mayor fama juzgan que la materia es *única*, pero susceptible de diversidad de movimientos; y la percepción de esa diversidad es lo que nos hace creer en la existencia exterior de cuerpos diferentes.

\*  
\*\*

Ya hemos tenido ocasión de ver que no podemos considerar las modificaciones sensibles experimentadas en nuestro ser como signos ó *representaciones de semejanza* de las cosas exteriores.

Esta clase de hechos (sin contar los relacionados con los sueños ni las alucinaciones), siendo de experiencia indubitada y de cada instante, han impresio-



nado profundísimamente á las escuelas idealistas desde la más remota antigüedad; y, fundándose en ellos, éstas se han creído con el derecho y el deber de decir á los físicos: "¿Cómo os atrevéis á hablar de la constitución de la materia, cuando ni siquiera sabéis lo que es materia? ¿Cómo (dicen hoy) profesáis la doctrina de su *unidad*? ¿Por dónde lo habéis averiguado?"

\*  
\* \*

El Idealismo actual no llega á las exageraciones de otros tiempos, y, por tanto, no hace verdaderamente cruda guerra á los físicos que hoy predicán la unidad de la materia cósmica.

Ese idealismo es tolerante: ni niega ni afirma la existencia de un mundo material, y únicamente se contenta con confesar su ignorancia absoluta acerca de la Naturaleza y hacer gala de ello. No pretende conocer las cosas en sí mismas, y se queda satisfecho con dejar funcionar, según las leyes del entendimiento, las ideas que surgen en la inteligencia con ocasión y á consecuencia de los llamados excitamientos sensibles; sin tratar jamás de resolver si estas ideas *corresponden* ó nó á una sola materia excitante, ó á muchas de índole diversa, ni mucho menos de averiguar cuál ó cuáles pueden *ser*. El mal de esta escuela idealista no sería de importancia, si no fuera porque apaga los bríos de los entendimientos ansiosos de explicarse los fenómenos naturales; y, jactándose de ser altamente filosófica, es lo menos científica posible, puesto que no hay ciencia sin teorías y sistemas,—antorchas de todos los progresos de la Huma-

nidad, mientras no se conviertan, POR JUZGARSE IRREFORMABLES, en dogmas de petrificación.

Esta clase de idealismo es tolerante, y deja hacer.

\*  
\* \*

El Idealismo verdaderamente contrario á los hombres de las ciencias naturales es el radical, de que, á principios del siglo pasado, se hizo representante y jefe el erudito obispo Berkeley, según antes se indicó. Este idealismo niega en absoluto toda existencia material. Según el célebre obispo irlandés, la materia no existe independientemente y como causa de nuestras sensaciones. Cuanto creemos real es una suposición gratuita de nuestro entendimiento; y es lamentable y vacío todo anhelo de hacer filosofía sobre puras apariencias. Pero ¡caso notable! como el hombre de la filosofía no puede vivir sin sistemas, el célebre metafísico en sus *Principios del Conocimiento* y en sus diálogos *Hylas* (el materialista) y *Philonous* (el espiritualista), obligado á dar razón del PROBLEMA DE LA EXTERIORIDAD, mantiene (sin más pruebas que las de la autoridad y metafísica religiosas) que el mundo material existe sólo en el Divino Intelecto; quien despierta en nosotros conceptos sensibles en un cierto orden siempre constante y definido, al cual, TAMBIÉN POR ILUSIÓN, damos el nombre de "Curso de la Naturaleza,".

\*  
\* \*

A quien no profundiza en los fenómenos psicológicos no puede menos de parecer demencia extravagante eso de negar rotundamente la existencia posi-